El querubín

No recuerdo el momento de mi llegada. Nadie recuerda ese momento de su vida.

Muchos relatos hablan sobre ello de algún modo, con más o menos detalle. De forma más o menos directa. Yo pienso que solo dan pinceladas, más o menos finas. Son un reflejo. No digo que sean relatos falsos. No, no digo que sean mentira. Son verdad y representan la realidad. Pero no son la realidad como nos gusta concebirla a nosotros aquí.

Todos estos relatos tienen algo en común. Quizá el significado de estos puntos en común sea la mayor verdad que podemos asimilar en este lugar. Me costó mucho entender esto, y a mi alrededor siempre hubo gente luchando con esta idea, como quien lucha con un hombre, hasta la aurora. Y ahora comprendo que entender esto es entenderlo todo.

Estas historias siempre hablan de un instante de deslumbramiento. Es una luz nueva, que por momentos te deja ciego, muy distinta a la que se puede llegar a conocer antes de llegar. Porque es cierto que antes de llegar, uno ya conoce la luz.

En estos relatos, la luz suele ir acompañada de fuertes ruidos. Ruidos que retumban en la cabeza. De los cuales los sonidos anteriores son solo ecos. Y también suele ir acompañada de una desnudez fría que te hace pequeño. Un vacío desnudo que, junto con los sonidos y la luz, golpean al que está llegando, una y otra vez, hasta hacerle gemir y llorar.

En mi caso, y en el de muchas personas, el lugar al que llegamos es frío, oscuro y solitario. Lleno de amenazas. Grandes moles alineadas sin fin, una tras otra. Férreas, impersonales, iguales. Un lugar informe y sombrío, donde no se puede diferenciar ni clasificar nada. Para otros la llegada es más cálida y acogedora, sin peligros, incluso llena de belleza.

Tras la llegada, este lugar va cambiando. Para algunos, se transforma en un sitio cada vez más hermoso. Para otros, se va tornando peligroso, porque se llena de envidia, que cristaliza en resentimiento. Incluso si llegas, como fue mi caso, a un mundo inhóspito y agresivo, siempre puede convertirse en algo mucho peor. Y este continuo cambio depende de cada persona en cada momento. De cómo concibe la realidad y, sobre todo, de sus acciones y pensamientos.

En cualquier caso, tras un tiempo corto, todo el que llega entiende que esto solo es un lugar de paso, y que el jardín que se alza a occidente es el lugar final al que todos tendemos.

Hay una academia donde enseñan como llegar a las puertas de ese jardín. También podría decirse que enseñan la idea que ya detallé antes, la idea de que la bondad de este lugar no está fijada, sino que depende de cada persona. Pero lo cierto es que es lo mismo. Al aprender una cosa siempre se aprende la otra.

Algunos niegan la utilidad de la academia, creen que son capaces de llegar por sí mismos al jardín. Muchos otros se apuntan, y dicen que son estudiantes, pero luego no van a clase. O van y se quedan jugando fuera. O se distraen tanto cuando deciden ir que en realidad es como si no hubiesen ido.

Unos pocos han organizado sus propias academias. Proponen una mejora del método, e incluso en algunos casos, cambian el contenido. Te enseñan cómo ir a otro sitio, en vez de como ir al jardín.

También hay gente que simplemente niega que exista el jardín. Para estos no tiene sentido siquiera que exista esta academia. Esto puede parecer curioso, porque, como dije antes, de alguna manera, todo el que llega entiende que el jardín es el lugar final. Y basta con levantar la vista y saber mirar para ver, a lo lejos, sus puertas majestuosas.

Aunque tampoco es tan sencillo. Lo cierto es que a veces uno levanta la vista y mira, y se pregunta si es cierto todo aquello que ve o que intuye ver. Y es fácil distraerse con otras cosas, dejar de escuchar, y olvidar.

Recuerdo el olor a final de tarde fría que tenía la calle. Los árboles desnudos y los edificios estaban especialmente quietos, como si pesasen más de lo normal. El aire tenía cuerpo, una ligera densidad, como si por el frío hubiese dejado de ser transparente, pero de manera prácticamente imperceptible.

Cuando llegué a casa estaba muy cansado. No había sido un buen día. Al abrir me encontré el sobre en el suelo. Perfectamente alineado con la puerta, las paredes del pasillo de la entrada y los azulejos del suelo. Cuadrado, blanco, sobrio. Al verlo me sentí un poco decepcionado. Me esperaba algo más. Al fin y al cabo, es un momento importante, no es un mensaje cualquiera. Y querría haber cerrado dos o tres asuntos que aún tenía pendientes. Dentro del sobre solo había un billete de autobús, sin más detalles ni explicaciones. Nadie sabe cuándo le va a llegar el sobre, y a medida que pasa el tiempo, si uno se descuida, puede verse viviendo como si el sobre no fuese a llegar nunca. Pero al final acaba llegando, cuadrado, blanco, sobrio.

Hoy por la mañana, a la hora indicada, me subí al autobús que me había sido asignado. Yo era el cuarto y último pasajero. En ese momento salían autobuses en todas las

direcciones de la estación. Al parecer hay muchas rutas, tantas como autobuses. Aunque todas las rutas tienen el mismo punto de partida y una única parada, al final de la línea.

Llevamos ya muchas horas de viaje, se va oscureciendo el paisaje. En la parte delantera del autobús hay un hombre. Lleva un curioso sombrero con una pluma verde y azul, como de pavo real. No para de hablar en alto. Habla consigo mismo o, mejor dicho, no habla con nadie. Porque nadie le escucha, ni siquiera él mismo. Está continuamente argumentando que el jardín no existe, que en realidad viajamos en una ruta circular que nos va a devolver pronto al punto de partida (‘tiene todo el sentido, es un viaje potencialmente infinito, por eso es un círculo, no tendría sentido que fuese una línea, con principio y fin’). Detrás de él va sentada una anciana que duerme plácidamente. Parece que está sonriendo en su interior. Cerca, una mujer de mediana edad intenta arreglarse el pelo mirándose en un espejo de mano demasiado pequeño.

Observo mi rostro cansado en la ventana oscura. Por momentos intento recordar algunas de las lecciones aprendidas en la academia de la que os hablé antes, pero soy incapaz de mantener la concentración. Juego nerviosamente con mi anillo, como hago siempre que estoy inquieto, girándolo en mi dedo sin parar, quitándomelo y poniéndomelo, dándole vueltas y más vueltas.

Tras un tiempo largo, y sin previo aviso, el autobús se para. Nos bajamos, y nos ponemos en fila. Delante de nosotros, las puertas del jardín, altas y majestuosas, suben hasta el cielo y se incrustan en las nubes oscuras. El hombre del sombrero explica en alto cómo aquello es una parada técnica, un descanso (‘en seguida subiremos de nuevo al autobús para el viaje de vuelta’).

Con un gran crujido, se abren las puertas del jardín. Una figura surge, como un relámpago, de la luz que de repente fluye de entre las nubes. Es una figura incorpórea, y a la vez sólida y fuerte. Tiene cuatro caras, todas ellas aladas, y sus alas se juntan una a la otra. Las cuatro caras son las caras de un león, un toro, un hombre y un águila. Y en sus manos lleva una espada llameante que brilla. Sus rostros terribles se vuelven hacia nosotros. No puedo mirarle a ninguna de sus caras, y a la vez no puedo dejar de mirar. Por primera vez, el hombre del sombrero calla.

Delante de mí, la anciana que dormía durante el viaje da un paso al frente. La espada llameante le atraviesa el pecho con fuerza. No deja de sonreír. Una ligerísima niebla gris se desprende de sus hombros, como cuando sacudes una sábana y el polvo fino queda atrapado en un haz de luz. Pero esto solo dura un instante, y rápidamente la anciana se adentra en el jardín y la perdemos de vista.

Cuando la espada golpea al hombre del sombrero, un humo negro comienza a borbotear de sus hombros. El humo se vuelve cada vez más denso. A medida que sale más humo, el hombre va desapareciendo. Hasta que, en un movimiento desgarrador,

los últimos restos que quedan de él son succionados junto con el humo y desaparece para siempre. De manera muy similar, la mujer de mediana edad también se va, disuelta en humo negro. Desaparece con un grito, dejando un olor terrible detrás.

Tengo la intuición de que el lugar al que han sido llevados no les será totalmente desconocido. Que al llegar verán irremediablemente muchos parecidos con el mundo que habían dejado atrás al subirse en el autobús. Y que recordarán ese mundo como un reflejo en un charco de agua sucia, lleno de resentimiento y pesar.

Cuando me toca a mí, innumerables memorias de palabras y acciones entremezcladas me aplastan. Apenas puedo caminar, consigo a duras penas avanzar un par de pasos, vacilante. De repente, una sombra sale del jardín y se detiene a mi lado. Es un signo de una realidad tan potente que no es posible abarcar a este lado de las puertas, y, sin embargo, la reconozco… sí, ¡la reconozco!

Los cuatro rostros me miran y la espada llameante me atraviesa. Noto un calor insoportable, un fuego helado que me destruye y me deshace por dentro. Partes de mí son calcinadas, y con mucho dolor, se subliman en un humo negro que empieza a ascender. Noto que me desintegro desde lo más hondo. Todo a mi alrededor se diluye y desaparece. Únicamente importan ya los cuatro rostros alados y el denso cúmulo de líquido negro que continúa oscureciéndose con el humo que sale de mi boca, de mis manos y de mi vientre.

Justo cuando pienso que voy a desaparecer, mi sombra, que había permanecido siempre a mi lado, toma mi mano, extiende mi dedo, y desencajando el anillo lo lanza al centro de la negrura. El anillo brilla como una estrella, y de repente se hunde como un ancla arrastrando el humo negro tras de sí. Ha durado una eternidad y a la vez ha sucedido todo en un instante. Se me permite atravesar las puertas del jardín, y al fondo veo un árbol, y unas voces gozosas cantan:

De sus manos unidas
Brota en silencio un manzano magnánimo.
Destila miel y vino,
Gotea con rocío.
Crecen granadas, que dulces ofrecen
Aromas afrutados.
Crecen flores de todos los colores,
Y tórtolas de todas las canciones
En el manzano de oro.

Pies entrelazados y pies cansados.
Sí, de caminar buscando la fuente.
Y de la divinidad de sus vientres
Explota una columna

Rodeada de legiones de arcángeles,
Que se alza siete metros,
Y surge de las ascuas
De una gran zarza ardiente

Y a la sombra del árbol
Seis rostros: Adán y Eva
Tobías, Sara, la samaritana,
Alzan sus copas de buen vino nuevo,
Brindan dando gracias con el esposo:
“Que tu vino nos ponga alegres, amén, amén”